

EL ACERO QUE NUNCA SE FUNDIÓ

• UNA RESEÑA SOBRE STALIN •

Iñaki Oneca Agurruza

Era el 5 de marzo de 1953 cuando murió el fetiche, el *gurú*, el símbolo. Stalin significa “acero”, y precisamente una de las cosas que se reprochó al joven revolucionario, tras la adopción de este apodo, era que el acero era duro pero también frío.

Un destacado camarada dijo: “Todos corrimos a sus fauces, sabiendo que nos devoraría” [1]. Fue el mismo Bujarin que volvía de un viaje a Occidente para recuperar parte de los archivos Marx-Engels. Una frase que resume una situación cuyo horizonte era la *dictadura del proletariado* convertida en la *dictadura del Partido*.

Sin salirnos de la misma época, el mecanismo posee concomitancias con las del joven italiano Benito Mussolini: un grupo muy específico y señalado debía llevar el peso, y erigirse en vanguardia, de la Revolución. Con estos fundamentos se creó en la incipiente URSS la monolítica y voraz *nomenklatura*, a golpe de juicios amañados destinados a eliminar físicamente al adversario. Sin contemplaciones.

Así era él, frío como el acero. Pero, ¡eso sí!, con un nítido y atrayente carácter de imán. Stalin fue un hijo de la *nomenklatura* (Partido y Estado, todo uno). Hijo aventajado. Es interesante —y a su lectura me remito— la biografía que tanto preocupó a este líder: la que sobre él escribió el forzosamente exiliado Trotsky [2]. Biografía no concluida: el piolet de Ramón Mercader que, empujado por la futura KGB [3], puso fin a la larga

espera del editor para su publicación. Obra dramática y lúcida de otro hijo de la naciente *nomenklatura*.

Muchas fueron las obsesiones del frío conspirador, miedos que se ponen de manifiesto en dicha biografía. Miedos tal vez sólo similares a su pacto nazi-soviético una vez traicionado. Efectivamente, en el partido de Hitler también se creyó en su nacionalismo y en su *socialismo en un sólo país*, pero con carácter más exportador si cabe. Además, también queda para la Historia la lúgubre constatación de la imitación arquitectónica de los campos de concentración nazis de los soviéticos. “La muerte de una persona es una tragedia —dijo—, la de un millón es una estadística”. Fue un hombre terriblemente práctico. ¿Para qué las cámaras de gas pudiendo esclavizar a la gente matándola a base de trabajos forzados? Mao siguió su ejemplo.

El método para que nuestro funcionario llegara a lo más alto fue sencillo: no cambiar de empleo. Procedente de los arrabales de la capital georgiana Tiflis, donde se ganó la vida después del paso por un seminario, sobrevivió como simple *kinto* o buscavidas, ratero, pendenciero. Así es como Stalin consigue entrar en los ambientes revolucionarios de la socialdemocracia georgiana: robos, asaltos, clandestinidad, chivatazos, tráfico de armas, preparación de asesinatos.

Sus tempranísimas conspiraciones no hacen sino reflejarnos la coherente existencia del pequeño *Koba*, su nombre de revolucionario *profesional* del momento. Después, en una de las mayores prostituciones lingüísticas y conceptuales de la historia, pasó al denominado grupo de los *bolcheviques* (los mayoritarios) frente a los *mencheviques* (los minoritarios), siendo numéricamente en aquella época la tesis diametralmente opuesta [4]. Las matemáticas no engañan, el idealismo sí, sobre todo si éste se reviste de totalitarismo.

Pero *Koba* se hace mayor al igual que los resultados de sus actos. Stalin instiga a unos contra otros, conspira y hace lo necesario para que nada estorbe su ascensión. Después de su sospechosa relación con un Lenin terminal —algo de lo que claramente habla

Trotsky y también Richard Lourie en la biografía novelada [5]—, éste avisa sobre el peligro que supone dar poder a Stalin.

Hay datos históricos más que suficientes, y entre ellos una infinidad de nombres propios: Rikov ejecutado. El mencionado Bujarin también. Tomski se suicida solidarizándose con el régimen aunque éste, irónicamente, vería dicho acto como un *ataque* al Partido. Infinidad de bolcheviques de la vieja guardia depurados, así como los interminables procesos purgatorios: “*De los 16*” (Zinoviev, Kamenev, etc) en 1936; “*De los 17*” (Radek, Muralov, Piatakov, etc) en 1937; “*De los 21*” (Bujarin, Rikov, Kretsinski, etc) en 1938; y las gigantescas purgas en la dirección del Ejército Rojo.

La atracción de diversos intelectuales de izquierda, sobre todo en Francia, no supone sino la confirmación de la hipocresía dogmática que acarreaba observar la realidad a través de la lupa doctrinaria. De verlo todo a través del velo que conforma el credo político, mezclado con una ingenua visión al estilo rousseauiano [6].

Stalin muere alzando la mano izquierda intentando señalar algo, según nos cuenta su hija Svetlana. Según un tal Iván N., antiguo encargado de mantenimiento del KGB, *el jefe* lo que pretendía señalar en plena agonía allá en su dacha, era su autobiografía, sita en un altillo del dormitorio [7].

‘De los doce apóstoles de Cristo, —dice Trotsky— sólo Judas salió traidor. Pero si hubiera logrado el poder, habría presentado como traidores a los otros once apóstoles, sin olvidar a los setenta menores que menciona San Lucas’ [8]. Que la Historia se vuelve arcilla en manos del alfarero también es otra mención de Trotsky con respecto al Partido una vez en manos de Stalin. Pero Trotsky olvida el hecho de que con semejante ampliación del Gran Terror [9] desde la época de Lenin, nadie estaba a salvo. Se olvida de que cualquiera hubiera podido ser Judas en el poder. El Terror al servicio de la ideología: el jacobinismo del siglo XX.

Stalin, quien no tenía empacho en hablar de sí mismo en tercera persona, había entrado en la patria del mito hacía ya tiempo, a golpe de auto-endiosamiento. Su mano señalaba

su propia materialización *pseudo literaria* de ese mito que le sobrepasaba. Incluso en la biografía política del PCE de 1979 [10], conmemorando el por ellos denominado *año Stalin* con motivo del centenario de su nacimiento, son continuas las referencias a dicha autobiografía falaz. Stalin la señalaba. No podía ser otra la publicada. No podía ser otra la obra póstuma de la vida del nuevo Mesías ya moribundo.

Hoy en Rusia puede contemplarse a otro hijo de la *nomenklatura* gobernando. Las cosas transmutan a su manera. Eso lo refleja bien el filósofo francés André Glucksmann [11]. Hoy la *nomenklatura* no es Partido, pero sí Estado. Hoy la *nomenklatura* es y será durante dos generaciones más Estado. Pero hoy la *nomenklatura* es también, y sobre todo, mafia.

Iñaki Oneca Agurruza.

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

[1]: Lourie, R (2001): *Stalin, la novela*. Editorial Planeta, Barcelona, p. 112.

[2]: Trotsky, L (1947): *Stalin*. Los libros de nuestro tiempo, edición de José Janés, Barcelona. [Para el presente trabajo, he seguido fielmente la primera traducción de dicha biografía en nuestro país, siete años después del asesinato en Méjico de Trotsky.]

[3]: Muchos fueron los nombres de dichos ‘servicios de inteligencia’. En ese momento se llamaban NKVD.

[4]: Esto fue así hasta después del golpe dado por Lenin y los suyos a la denominada Asamblea Constituyente. Entonces la cosa cambió. Incluso el Partido Bolchevique se vio desbordado por la enorme cantidad de nuevos militantes que no podía estructuralmente asumir. Posteriormente éste sería el problema que se resolvería con una especie de ‘solución final’: la aniquilación sistemática de altos cargos e

intermedios, así como de una parte de las bases, con burdas acusaciones de “contrarrevolución”, “trotskismo”, “empecinamiento”, “sabotaje”, etc. Me remito a la lectura del libro *Archipiélago Gulag* de Aleksandr Solzhenitsyn en cualquiera de sus numerosas ediciones.

[5]: En concreto, la acusación hacia Stalin es de haber envenenado lentamente, con ayuda de Yagoda, a Lenin. Según Trotsky, Lenin expresó sus dudas al respecto. También Trotsky acusa a nuestro protagonista de haberlo intentado con él mismo.

[6]: Incluso Bertrand Russell, filósofo inglés, en un inicio tuvo una visión idílica y romántica de la incipiente URSS de 1920. Después de una visita a ésta como miembro de una delegación laborista inglesa, también tuvo el detalle de ver —algo que se acentuaría con el paso del tiempo y de los hechos— cómo en la “práctica” los bolcheviques eran guiados por un fanatismo casi religioso y enormemente dogmático. De ello se hace eco Richard Pipes (2001) en *Historia del Comunismo*, Mondadori, Barcelona, p. 131.

[7]: Lourie, R (2001): *Stalin, la novela*. Editorial Planeta, Barcelona. [Introducción a la Primera Parte.]

[8]: Trotsky, L (1947): *Stalin*. Los libros de nuestro tiempo, edición de José Janés, Barcelona, p. 434.

[9]: En la época de mayor influencia de Lenin —después del golpe a la Asamblea Constituyente— se denominaba “Terror Rojo”. La denominación del “Gran Terror” se aplica más a la época de Stalin.

[10]: Stalin (Ed. de 1979): *Biografía política*. Ediciones Vanguardia Obrera, Madrid.

[11]: Glucksmann, A. (2002): *Dostoievski en Manhattan*, Ed. Santillana, Madrid.